

Raquel Robles

H.I.J.O.S. de desaparecidos

El oficio terrestre de la dignidad

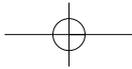
Raquel Robles

Es hija de desaparecidos de la última dictadura militar. Escritora. Miembro y co-fundadora de H.I.J.O.S. Regional Capital. Dirige varios proyectos relacionados con niños institucionalizados.

Creo que Rodolfo lo sabía todo desde el principio. No sólo era un gran escritor, un cuadro político, un intelectual inteligente, un periodista intrépido. Walsh, además de ser una de las personas con quien más me gustaría conversar sobre los avatares de la política, las complejidades del entramado social, las nuevas gracias de mis hijos, la salvación de la literatura, era un visionario.

Sabía de la derrota antes de que muchos otros pudieran siquiera empezar a digerirla. Sabía de la masacre antes de que se hicieran los tortuosos e imprecisos recuentos de cadáveres faltantes.

Sabía de la magnitud de la debacle antes de que los economistas hicieran cuenta de los millones que nos robaron, de lo mucho más pobres que eran lo pobres, de lo increíblemente más ricos que se volvieron los más ricos. Y sabía cómo nos sentiríamos los huérfanos incluso antes de serlo o tuviéramos la edad suficiente como para tomar nota de los sentimientos. Si no, no hubiera escrito "Irlandeses detrás de un gato". Cómo, si no hubiera experimentado la sensación de estar apoyado en una enorme pared mirando a cientos de niños jugar con incomprensibles habilidades



sociales. “El padre Fagan lo transfirió al padre Gormally, y el padre Gormally lo llevó al borde del patio enmurado, inmerso, hondo como un pozo, rodeado en sus cuatro costados por las inmensas paredes que allá arriba cortaban una chapa metálica de cielo oscureciente —esas paredes terribles, trepadoras y vertiginosas— y le mostró los ciento treinta irlandeses que jugaban, y cuando volvió a mirar las paredes verticales, él que nunca había visto otra cosa que la llanura con sus acurruçadas rancherías, una sensación de total angustia, terror y soledad lo poseyó.” Cier to es que la madre de quien después llamarían “el Gato” lo había llevado ahí para sacárselo de encima, lo había abandonado; y la situación de los hijos de los desaparecidos es bien diferente. A nosotros nadie nos abandonó, a nuestros padres los asesinaron. Pero eso sólo lo sabíamos —en silencio— nosotros. Aunque, todo hay que decirlo, había momentos en los que no sabíamos nada salvo que la pared era alta, que nos sentíamos solos y que habíamos sido felices antes. Y que nuestro destino se había torcido de manera irremisible. Y, en realidad, saber que los habían asesinado, quiénes lo habían hecho y por qué, dar un sentido a lo que habíamos vivido, nos llevó años. Y si lo hicimos, si es que no es un acto de soberbia usar otro tiempo de verbo que sea el gerundio, porque en realidad todo el tiempo lo estamos haciendo, y siempre tendremos que rescatar a ese niño que está solo en el patio teniendo que dar explicaciones; si lo hicimos, decía, fue porque estuvimos juntos y pudimos mirarnos en la mirada del otro y sostener-

nos de los codos cuando fue necesario.

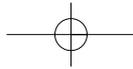
No es que crea que mi punto de vista sea más importante o más interesante que el de otros, pero ha sucedido que ha sido a mí a quien han pedido unas palabras sobre la historia de H.I.J.O.S. y no encuentro otra manera de contarla que no sea con una cámara subjetiva recorriendo los sucesos. Por eso me atrevo a traer de la memoria una cena en mi casa. Algo tal vez de una intimidad excesiva para una historia política.

Era el año 1997, hacía dos años que existía H.I.J.O.S. y que mi vida había cambiado para siempre. Alrededor de la pequeña mesa había dos o tres amigos y estaba Lilia Ferreira, la última mujer de Walsh. Ella contaba historias de Montoneros, de Rodolfo, de la militancia de esos años y nosotros la escuchábamos con devoción de huérfanos. “Escucho estas historias y me parecen tan épicas como el cruce de los Andes del General San Martín. No puedo creer que hayan pasado nada más que dos o tres décadas. No puedo creer que mis padres hayan sido protagonistas de esa gesta”, le dije aprovechando un silencio que se había hecho después de que contara cómo Rodolfo descifraba mensajes de la policía buscando en el éter señales del enemigo. Ella encendió un cigarrillo, sacó la mirada de los azulejos blancos

de mi pequeñísima cocina y los puso húmedos en los míos. “¿Vos nunca tuviste la sensación de que estabas protagonizando un gesta épica con H.I.J.O.S.?” No era una pregunta retórica, era una pregunta sincera. Ella había entregado con una generosidad que no todos los sobrevivientes tienen, los recuerdos que se le habían venido a la mente. Ahora quería que le retribuyéramos con una esperanza, con una respuesta honesta. Entonces le respondí que sí. El 24 de marzo del año anterior, después del recital de las Madres salimos de la Plaza de Mayo con nuestra bandera recién estrenada y encendimos las antorchas para marchar a Tribunales y entregar los habeas corpus por nuestros padres a las 3.10 de la mañana, hora en la que se había perpetrado el golpe 20 años atrás; nos dimos vuelta esperando ver a un grupo de no más de cien personas, porque nos habían dicho hasta el cansancio que nadie nos acompañaría a esa hora, que tendríamos que sacar nuestras propias fotos porque ningún medio iba a cubrir una marcha de madrugada. Vimos lo que después sabríamos que eran más de diez mil almas. Y también recordé otro momento, cuando en octubre de 1995 hicimos nuestro primer Encuentro Nacional: trescientos hijos de desaparecidos, ex presos políticos,

“Escucho estas historias y me parecen tan épicas como el cruce de los Andes del General San Martín. No puedo creer que hayan pasado nada más que dos o tres décadas. No puedo creer que mis padres hayan sido protagonistas de esa gesta”





Raquel Robles

H.I.J.O.S. de desaparecidos. El oficio terrestre de la dignidad

A
M
C
L
A
J
E
S

44

Tramplajas

exiliados, hijos todos de la generación que luchó en los 70, debatiendo de madrugada en un gimnasio, tomando sol en las piedras cordobesas, comiendo increíbles lasagnas al pie de las carpas, discutiendo sobre el sexo de los ángeles, leyendo poemas con Juan Gelman, cantando en un fogón con León Gieco. Nosotros, que habíamos sido durante años menos que nadie, hijos de nadie, marginados por los murmullos incomprensidos en el barrio, por la segregación por ser ateos en el pasillo de la escuela, la lástima de los menos malos, el silencio obligado de las familias, el dedo acusador de los portadores del discurso “algo habrán hecho”. Nosotros, que habíamos sufrido la ignominia, ahora salíamos en los diarios, nos hacían notas en televisión, nos buscaban los hacedores de tesis de todas las universidades, los investigadores.

En esa cena con Lilia, -que es mucho más que la viuda de Walsh-, todavía no había vivido otros momentos que me harían sentir la épica de la lucha codo a codo. No había sucedido el escache, aunque era una idea que se venía “amasando” desde el primer encuentro. No habíamos tenido de rojo las casas de tantos genocidas, no habíamos encontrado a ninguno de nuestros hermanos apropiados, no habíamos tenido nuestra propia casa ni habíamos hecho un merendero en el barrio de San Telmo. Tampoco habíamos investigado a los grupos de militancia de los años '60 y '70, no habíamos hecho un concurso de cuentos infantiles, no

habíamos publicado diarios y revistas, no habíamos hecho programas de radio, para no hablar de recibir el pañuelo de las Madres o patrocinar querellas en los juicios contra los represores. Tampoco habíamos sentido todavía el hierro caliente de las batallas perdidas, de alguna que otra lucha intestina, los palos de la policía, las amenazas y persecuciones, los carros hidrantes, los cabeza de tortuga arremetiendo contra nosotros. Y, por supuesto, tampoco habíamos muerto un poquito con la desaparición de Julio López.

Pero ya sabíamos en esa cena que nuestra posición era diferente. Que ya no estábamos esperando la llegada del tío Malcolm como los huérfanos en “Un oscuro día de justicia”, que con tanta maestría escribió Rodolfo. Él ya sabía todo, incluso que un día dejaríamos de esperar a nuestros héroes para tomar el toro por las astas.

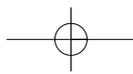
“...y mientras Malcolm se doblaba tras una mueca de sorpresa y de dolor, el pueblo aprendió, y mientras Gielty lo arrastraba en la punta de sus puños como en los cuernos de un toro, el pueblo aprendió que estaba solo, y cuando los puñetazos sonaban en la tarde abriendo una llaga incurable en la memoria, el pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo y que de su propia entraña sacaría los medios, el silencio, la astucia y la fuerza, mientras un último golpe lanzaba al querido tío Malcolm del otro lado de la cerca donde permaneció insensible y un héroe en la mitad del camino.”

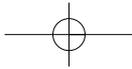
Los huérfanos de la institución morenense donde pasó algunos años Walsh junto con otros irlandeses pobres, soportaron las injusticias cotidianas, las peleas obligadas, las humillaciones en el menú diario, agarrados a la esperanza de que vendría el tío Malcolm y le daría una buena tunda al celador Gielty y, en su nombre, caerían tantos otros malditos represores. Vino el bueno del tío, pegó unas cuantas piñas, pero al final el celador, ladino, traicionero, mucho más acostumbrado a dar palizas, terminó devolviendo la tunda que le había sido jurada. Y en la crueldad del desamparo aprendieron que debían dejar de esperar y empezar a asumir responsabilidades.

Así hicimos un proceso en el que nos reconocimos víctimas del terrorismo de Estado, pero a la vez asumimos que más que deudores nos debíamos a nosotros mismos el enorme y riesgoso trabajo de organizarnos y luchar contra la impunidad. Es decir que abandonamos el lugar de víctimas recién encontrado, para hallar la alegría de gestar un proyecto colectivo que nos permitiera dejar de sufrir las injusticias para luchar contra ellas.

En una marcha de la Resistencia, esa convocatoria anual con que las Madres renuevan el compromiso, la Asociación Madres de Plaza de Mayo, en una de sus tantas consignas polémicas esgrimió esta: “Los desaparecidos serán vengados cuando nuestro pueblo sea feliz”.

Nosotros los vengamos una y otra vez. Porque esta pequeña porción de pueblo que se agrupa





en H.I.J.O.S. tuvo tantos momentos felices como caben en 12 años de compartir y luchar. Aprendimos con paciencia de artesanos el simple y bello oficio de luchar contra la impunidad. El oficio terrestre de la dignidad.

Ojalá estuviera Rodolfo para decirnos con su precisión visionaria si

vamos bien, si es el camino correcto, si no la estamos pifiando y qué deberíamos hacer para mejorar.

Pero Rodolfo no va a volver. Como mis viejos, como los 30.000 desaparecidos. Todos ellos, y también el tío Malcolm, sólo nos darán señales desde el pasado, nos hablarán con palabras que ya

dijeron y con hechos que ya sucedieron. Nos queda la misión de aprender de nuestra historia para no estar condenados a repetirla. Nos queda prestarle el cuerpo a sus sombras para que las banderas no sean jirones, para que nuestros muertos sigan gozando de buena salud.

